

mentarse de ella, sea porque, según las creencias populares de entonces, vivía del polvo del camino. Pudo existir además en el Oriente antiguo una leyenda popular, a la que se aludía acaso en este pasaje. Tal se creía que en el principio la serpiente habría tenido patas, como los demás animales, y comido, como ellos, la hierba del campo. Hasta que fué degradada y reducida a andar sobre la tierra y lamer el polvo. Son suposiciones que P. Jouon hace en un artículo que sobre «el gran dragón» publicó en *Recherches de Science religieuse*, el año 1927, reconociendo que no ha encontrado documentación alguna en que apoyarlas. De todas maneras, si se llegase a demostrar su realidad, podríamos concluir simplemente que el autor sagrado se sirvió de ellas para infundir un vigoroso colorido a la sentencia de la condenación, en la cual se contienen fundamentalmente dos cosas: 1.ª, que el castigo del demonio es el desprecio y la derrota; 2.ª, que su ruina no se producirá sino después de una larga lucha.

LA ENEMISTAD DE LA MUJER

El Señor mismo dirigiría la lucha. «Pondré enemistades entre ti y la mujer.» Para Loisy y sus discípulos no hay aquí más que un eco de la repugnancia natural, instintiva, de la mujer hacia los reptiles. Pero el texto sagrado no habla de repugnancia, de miedo, de asco, sino de enemistad; la palabra hebrea aparece siempre en la *Biblia*, no para significar un movimiento del instinto, sino una relación de hostilidad entre dos seres racionales. Hay que tener además en cuenta que esa guerra tiene un origen extraordinario, un carácter divino. La guerra comienza en el momento mismo en que se fulmina la sentencia. Los filólogos nos dicen que el tiempo del texto hebreo, traducido en nuestras lenguas occidentales por un futuro, denota, en realidad, un presente continuado. La lucha co-

mienza. La mujer se erige en protagonista frente a Satán.

¿Qué mujer es esa? Son los especialistas de la Mariología quienes van a contestar.

En los versos que preceden y los que siguen inmediatamente, la mujer es siempre Eva. ¿Se trata también de Eva en este lugar? El narrador no habla en su propio nombre, sino que reproduce la sentencia dictada por Dios. Nos encontramos, por tanto, con una especie de enclave, en el cual Yahwé, dejando a un lado a nuestros primeros padres, habla directamente con el demonio. No obstante, puesto que Eva asiste a la escena, parece difícil suponer que la expresión no tiene la menor relación con ella. Tentada y seducida por la serpiente infernal, se convirtió por el hecho mismo en amiga y esclava suya. Pero esta amistad cesa desde el momento en que se pronuncia la sentencia. Interesada personalmente en la venganza contra el tentador, le declara desde ahora la guerra. La estructura misma del oráculo nos confirma esta interpretación. La sentencia contra la serpiente se desarrolla según un ritmo parecido a las que se dan contra el hombre y la mujer. En estas últimas, el culpable es castigado a la vez por Yahwé y por su víctima. La mujer, por ejemplo, queda sujeta al marido, a quien había incitado a pecar. Parece obvio, por tanto, que en esta sentencia contra la serpiente, la mujer vencida, Eva, ha de participar activamente en el castigo. Y según esto, la mayoría de los exégetas y muchos teólogos se inclinan a creer que en esta primera parte del anatema la enemistad anunciada por Dios enfrentará en adelante a la primera mujer con su seductor.

LA DESCENDENCIA DE LA MUJER

Sin embargo, la sentencia prosigue; Yahwé amplía las proporciones de la lucha y prolonga su duración. La lucha no cesará con